

## LIBRO SEGUNDO.

## LAS SULTANAS.

## EL CAMARIN DE LINDARAJA.

Era una noche azul, pura, serena  
Del fructífero Mayo, perfumada  
Con el aroma de sus flores, llena  
De la armonía mística exhalada  
Por las áuras y fuentes, que en la amena  
Soledad de los bosques y los huertos  
Misteriosas susurran, y alumbrada  
Por la luna creciente con inciertos,  
Trémulos y argentinos resplandores.  
Era una noche, en fin, de esas hermosas  
Noches de paz, inspiración y amores,  
En que derrama Dios sobre Granada,  
Africana dormida entre las rosas,  
Los rayos de sus ojos creadores  
Y el áura de su aliento embalsamada:  
La misma noche en que don Juan de Vera  
Huésped del Moro en sus palacios era.

Y era un régio y magnífico aposento  
De la oriental Al-hambra, donde el oro,  
El cobalto y el nácar, en labores  
Mágicas trabajadas á lo moro,  
Brillaban desde el techo al pavimento,  
A los suaves y tímidos fulgores  
Que una aromada lámpara esparcía,  
Que en una taza de alabastro ardía.

A un lado de esta cámara ostentosa  
Y por bajo de un arco que cubría  
Damasquino tapíz, se abría paso  
Una estrecha y cruzada galería,  
Formada de esta estancia por el muro,  
Y un balcon por do entraba misteriosa  
De los astros la luz, el aire puro  
Y el són del agua que, en raudal escaso,  
Vertía Darro por el valle oscuro.

El suelo de esta estancia deliciosa  
Era de blanco mármol, á pedazos  
Cubierto de alkatifas argelinas  
Y cojines de raso azul y rosa:

Sus puertas se cerraban con cortinas  
De telas de oro y seda, que con lazos,  
Broches y trenzas de ámbar y corales,  
Se recogían en profusos pliegues  
Al gusto de los pueblos orientales:  
Y en el segundo cuerpo de los muros  
Se abrían dos moriscos ajimeces  
De esquisita labor y árabes, puros,  
Elegantes contornos  
Y calados y espléndidos adornos.

Tras de sus celosías iba á veces  
El rey ocultamente, de sus serios  
Afanos esquivándose un instante,  
A sorprender los íntimos misterios  
De las mujeres moras  
De esta cámara real habitadoras;  
Gozando así en secreto  
Desde aquellas arábicas ventanas  
Las voluptuosas danzas, las moriscas  
Cántigas y nocturnas diversiones  
A que, con sus esclavas y odaliscas,  
Se entregaban alegres las sultanas.

El balcon que en el fondo  
De la estancia se abría  
Mas allá de la estrecha galería,  
Era otra especie de ajimez, labrado  
Con el mas esquisito y rico adorno  
Por arquitectos moros inventado:  
Y un deleitoso camarín fingía,  
Cuyas ventanas rodeaba en torno  
De cedro una movable celosía.

Era pues el balcon de aquella estancia  
Régia y maravillosa  
Un mirador calado, que aspiraba  
De su ajimez morisco por los huecos,  
De los vecinos huertos la fragancia,  
La música del agua rumorosa,  
Que en la sombra corria,  
Y el canto de las aves que albergaba  
La arboleda del rio, y cuyos ecos  
Murmurador el aire allí traía.  
Entre este camarín y este aposento,

Con caracteres de oro (en una faja  
De púrpura y azul que se tendía  
Por bajo el circular cornisamento  
Del ajimez) escrito se veía.  
Un rótulo miniado, que decía:  
"MIRADOR DE LA HERMOSA LINDARAJA (1):"  
Y á fé que el mirador es un portento  
De la elegante arquitectura mora  
Y un santuario de amor y poesía:  
Regalo al fin de un árabe opulento  
A la mujer feliz que le enamora.  
En esta régia cámara moruna,  
De aquella hermosa noche en las primeras  
Horas, al suave claro de la luna  
Y al rumor de las ráfagas ligeras  
Que entraban por las árabes ventanas,  
Yacia, al parecer sin pena alguna,  
Hada gentil de su mansión divina,  
La mas bella y feliz de las sultanas  
Que habitaron la Alhambra Granadina.

Los mullidos cojines, apilados  
Bajo su cuerpo leve, sostenían  
Muellemente sus miembros delicados:  
Sus perezosos brazos se tendían  
Sobre la pluma sin vigor: caían  
Sus rizos de la faz por ambos lados  
Sobre sus blancos hombros: ancho, lleno,  
Del morisco jubon bajo la seda,  
Al aspirar con hálitos pausados,  
Se dibujaba su redondo seno  
Cual dos montones de apretada nieve  
Que en la redonda copa de ancho pino  
El aire cuaja lento y manso mueve:  
Y á través del calzon, de cuyo lino  
Los pliegues mil su cuerpo peregrino  
Ceñían, bien bajo el tejido leve  
Podíanse admirar, y á pesar de ellos,  
De su cintura y muslo alabastrino  
La pura tez y los contornos bellos.

Su enano pie calzaban  
Chinelas de brocado: sus tobillos  
Ajrucas primorosas adornaban  
Hechas de gruesas perlas, que horadaban  
Por su grueso mayor áureos arillos:  
Sus brazos dobles sartas de corales,  
Sus orejas riquísimos zarcillos:  
Y, á usanza de las Moras principales,  
Ostentaba sus uñas nacaradas  
Con azul costosísimo miniadas (2).

(1) Este camarín y la sala de *las dos hermanas*, cuyo fondo ocupa, son los mas bellos aposentos de la Alhambra. En el tomo de ilustraciones que anadiré á mi poema, y en el cual traduciré las inscripciones de esta suntuosa habitacion, se verá que mis descripciones nada exsageran, y que me he quedado muy corto en hipérbolos respecto de los poetas árabes que las escribieron. Uno de los versos de estas inscripciones dice que la constelacion Géminis la saludaba con la mano [á esta habitacion], y la luna se la acerca para hablarla al oído en voz baja.

(2) El lujo de las damas moras en los últimos tiempos de la monarquía árabe era excesivo y su refinamiento rayaba en locura, segun cuenta Alkatib en su Historia granadina. Entre otros afletes de que usaban para realizar su hermosura, era uno el de miniarse las uñas con algun color costoso, para cuya operacion tenian esclavas muy hábiles en esta clase de pintura.

Era en verdad bellísima la Mora,  
Y merecía bien tanta riqueza,  
Y ser de tal estancia moradora,  
Y mandar con despótica entereza,  
Y obedecida ser como señora.

Una mirada de sus negros ojos  
Mas que un alcázar para el rey valía:  
Por solo un beso de sus lábios rojos  
Una ciudad frontera vendería:  
Por el mas infantil de sus antojos  
La cabeza mas noble inmolaría:  
No tenía su amor precio ni raya  
En la alma de Muley—Es la Zoraya (3).  
Es ella, la sultana favorita  
Que á solas en su cámara le espera:  
Y aunque parece que feliz dormita  
Y que nada la acosa, ni la altera,  
Secreto afan su corazon agita  
Y sueña . . . como sueña la pantera  
Con la sangre caliente  
En que espera aplacar su sed ardiente!

Entoldada la luz de sus pupilas  
Con los cerrados párpados conserva,  
Sus facciones inmóviles y tranquilas:  
Grata molicie al parecer la enerva:  
Pero su corazon guarda un intento  
Harto feroz, cuya afición proterva  
Se oculta en su reposo soñoliento  
Como un áspid letal bajo la yerba.

Imágen bella, voluptuosa y pura  
De las hurís que colocó Mahoma  
En su eternal Edén, por su hermosura  
Parecía una cándida paloma  
En la forma ideal de su figura:  
Un cuerpo de mujer en que se encierra  
El puro ser de un ángel, á la oscura  
Region mortal de nuestra baja tierra  
Enviado, á perfumarla con su aroma  
Y á derramar en ella su ventura.  
Pero la torva luz de su mirada,  
La cortina de sombra que en su frente  
Tiende su ceño cuando mira airada,  
La contracción apenas perceptible  
Con que el extremo de su labio ardiente  
Arruga su sonrisa,  
De la escondida peligrosa hoguera  
Que arde en su doble corazon avisa,  
Y en la faz de la mora  
Con resplandor siniestro reverbera.  
Muley por su belleza seductora  
*Luz de la aurora*, la llamó . . . y tal era  
La luz de este *lucero de la aurora*:  
Tal es Zoraya que á Muley espera.

Oyóse al cabo en el jardín vecino,  
Bajo el abierto mirador cercano,  
El dulce son de un cántico africano

(3) Llamo *lucero de la aurora*, albor del día, y *luz de la mañana* á Zoraya, siguiendo la interpretación de todos los autores en su mayor latitud. Zoraya, en árabe, es *zayyade*: vulgarmente la constelacion de *las siete cabrillas*.



Que una morisca guzla acompañaba:  
Son con que la anunciaba de continuo  
La llegada del rey atenta esclava.  
Estremeció los miembros de la mora  
Movimiento nervioso: mas tan leve

Que resbalar no hizo  
Por su cuello, mas blanco que la nieve,  
El mas ligero descompuesto rizo:  
Ni de su blando lecho  
Un pliegue solamente descompuso:  
Ni con respiracion mas presurosa  
Se hincharon los contornos de su pecho.  
Inmóvil, silenciosa,  
Cual si no le sintiera ni aguardara,  
En su aparente sueño y perezosa  
E incentiva postura,  
Dejó la hermosa que Muley llegara  
El veneno á beber de su hermosura.

Envuelto en su alquicel, bajo el plegado  
Pabellon de la azul tapicería,  
Apareció Muley: tendió callado  
Una sagaz mirada escrutadora  
Por sobre cuanto en derredor habia,  
Y dilató su labio desdeñoso  
Sonrisa de placer, viendo á la Mora  
Que sobre los cojines en reposo  
Con abandono tentador yacia.

Llegóse á ella y contempló un instante  
La tranquila espresion de sus facciones,  
Por milésima vez con ojo amante  
Recorriendo voráz las perfecciones  
De aquel cuerpo, velado escasamente  
Por el leve ropaje transparente  
Sobre los apilados almohadones.

Llegóse y admiró bajo la pura  
Nívea tez, á través de su blancura,  
La red sutil de las azules venas,  
Cuyo tejido transparente indica  
Que aquella piel purísima y nevada  
Encubre el alma ardiente y vivifica  
La complecion fogosa, enamorada,  
Que á su tez atribuyen las morenas;  
Y percibió el aroma con que el baño  
Su cuerpo perfumó, de que las Moras  
Granadinas usaban todo el año;  
Y el rumor escuchó, sensible apenas,  
De su respiracion igual y suave,  
Y sin poder con su amoroso esceso  
Sobre su boca de coral, que sabe  
Y trasciende al alóe de Corinto,  
Depositó Muley un ámplio beso  
Que crugió de la estancia en el recinto.

Abrió Zoraya los ardientes ojos,  
Y al fijar su mirada  
Sobre la fáz del Arabe, cambiada  
De colérica en tierna, con acento  
Mas grato que el murmullo soñoliento  
Que levanta la brisa en la enramada,  
Díjole, disipando los enojos  
Que acaso al despertar fingió indignada:

"Te esperaba, señor: aunque dormía  
"Mi corazon velaba, y en mi sueño  
"La leve huella de tu pié sentía  
"Que á mis amantes brazos te traia,  
"Bizarro Amir, de mi ecsistencia dueño."

"Apenas en los altos alminares  
"(Contestóla Muley) la voz sonora  
"Del muezin anunció la última hora (1)  
"De la oracion del dia,  
"A favor de las sombras tutelares  
"Vengo á tí, manantial del agua pura  
"En que templa su sed el alma mia:  
"Y heme á tus piés, LUGERO DE LA AURORA  
"Que me alumbras do quier con tu hermosura.  
"Llamástemme en secreto,  
"Sol de mi corazon, y aquí me tienes  
"A tu absoluta voluntad sujeto.  
"Habla; ¿qué quieres de tu esclavo? ¿Bienes?  
"Mi reino es tuyo: véndele. ¿Deseas  
"Regocijos y zambras? Mis juglares  
"Llama, mis nobles Arabes convoca;  
"Y aquellos con mil juegos malavares,  
"Y estos con toros, cañas y torneos,  
"En fiesta interminable, libre y loca  
"Sácien en Bib-arrambla tus deseos.  
"¿O tal vez algun vil desventurado  
"Tu enojo escita? Nómbrale, y aunque haya  
"Mi amigo sido ó su niñez pasado  
"Junto á mí, y yo partido mi grandeza  
"Con él, te juro por tu amor, Zoraya,  
"Que te enviaré mañana su cabeza."  
Decia así Muley, en la locura  
De la pasion que el alma le devora,  
Y sonreía oyéndole la Mora  
De la pasion del Arabe segura.

Sus dedos de marfil entre la cana  
Barba de Hasan con infantil cariño  
Pasó y con complacencia la Sultana,  
Dejándola aromada con su mano;  
Y con caricia tal, propia de un niño,  
Trajo á sus piés sobre el cojin liviano  
Trémulo de placer al Africano.  
Zoraya entonces, su gentil cabeza  
En el hombro del Moro reclinando,  
Y el fuerte talisman de su belleza  
Con el alma del Arabe empleando,  
Así le empezó á hablar, el suave aliento  
De su boca balsámica de intento  
Hasta la boca de Muley enviando.  
Diálogo tal entre los dos trabando.

ZORAYA.

Sabes cuánto te amé. Niña y cautiva  
Me crié al lado tuyo entre las flores  
De los jardines de tu Alhambra: esquivada  
Después á los halagos tentadores  
De tus bizarros nobles Granadinos,

(1) Muezin ó Muezen هو الذي يعلن من الأذان من الميادين من المساجد.

Negué mi juventud y mi belleza  
A cuanto no eras tú con entereza....  
¿Sentía ya ligados nuestros sinos!  
Hizo en tí de los astros la influencia  
Su efecto al cabo: me encontraste hermosa,  
Cediste del destino á la sentencia,  
Y pagaste mi amor, y fuí dichosa.  
La tierra en que nací y el amoroso  
Dulce calor del maternal regazo,  
El acento del padre cariñoso,  
Su castillo feudal que, en el ribazo  
De un cerro, se levanta pintoresco  
Cercado de alamedas, cuyo arrullo  
Salud le daban y armonía y fresco  
De despeñadas aguas al murmullo,  
Todo lo eché por fin de mi memoria:  
Y, del nombre y la fé de mis mayores  
Renegando, las puertas de su gloria  
Perjura me cerré por tus amores.

MULEY HASAN.

¿Y cuándo lo olvidé, luz de la aurora?  
¿No comprendí tu abnegacion y entero  
Mi corazon te dí? Tú eres señora  
Dél todavía; lo que quieras quiero.

ZORAYA.

Quiero, Señor, decirte lo que acaso  
No te deje otro afecto libremente  
Comprender y juzgar: porque traspaso  
Los límites tal vez de lo prudente  
Con tan audaz revelacion; empero  
Mas que el respeto y la prudencia fuerte  
Mi cariño por tí, salvarte quiero  
Aun á peligro de mi propia muerte.

MULEY HASAN.

¿Salvarme! ¿Y de qué riesgo? Habla.

ZORAYA.

Un instante  
Oye en calma, señor. Yo, que las horas  
De tu ecsistencia en vela paso amante,  
Sé por tu bien lo que imprudente ignoras.  
Tienes, señor, un hijo cuya estrella  
A Granada es fatal, segun los sabios  
Que su horóscopo hicieron.

MULEY HASAN.

La luz de ella  
Pende no mas de un soplo de mis labios.

ZORAYA.

Y el soplo de tus labios solo pende  
De un acero traidor que en tu garganta  
Le corte.

MULEY HASAN.

¿Abú Abdil...?

ZORAYA.

Señor, atiende.

MULEY HASAN.

Prosigue.

ZORAYA.

De él y de su madre es tanta  
Por reinar la impaciencia, que á estas horas,  
Traidores á su rey y de él parciales,  
Bajo los techos de las casas moras  
Se afilan en silencio mil puñales.

MULEY HASAN.

Sé que Aija....

ZORAYA.

Me detesta.

MULEY HASAN.

¿Ay si te mira  
Solo un momento con semblante torvo!

ZORAYA.

¿Y ay de tí, si la rabia que la inspira  
No sofocas, Muley! No será estorbo  
Ya ni el filial ni el conyugal cariño  
Para intentar el crimen: la serpiente  
Da emponzoñados huevos, y el que niño  
Para su padre fué desobediente,  
Traidor para su rey será mañana.

MULEY HASAN.

Desecha tu temor, Zoraya mia:  
Les conozco á los dos: mas será vana  
Su obstinada ambicion: se les espía.

ZORAYA.

¿Pero ignoras, señor, que está plagada  
Tu corte de los suyos?

MULEY HASAN.

Sé sus nombres.

ZORAYA.

¿Y sabes que propalan por Granada  
Que Dios está por él?

MULEY HASAN.

Pero los hombres  
Crédito no les dan.



ZORAYA.

Rey, te equivocas:  
Aly-Athar el de Loja y la Alpujarra  
Toda con él, sus esperanzas locas  
Apoyan con la fé y la cimitarra.

MULEY HASAN.

La fé y mis cimitarras á sus breñas  
Les volverán.

ZORAYA.

Te engañas: los villanos  
Reniegan de su fé, segun las señas,  
Pues pactan contra tí con los cristianos.

MULEY HASAN.

Zoraya, sus delirios ha venido  
A contarte algun loco. Te detestan  
Y ambicionan reinar: mas nunca han sido  
Del Nazareno amigos.

ZORAYA.

Pues se aprestan  
Los nazarenos á su voz...

MULEY HASAN.

¡Patrañas  
Por derviches lunáticos vertidas!

ZORAYA.

Empresas ciertas, aunque asaz estrañas;  
Peligrosas, Muley, mas emprendidas.  
Yo, por tí en vela, presenté el estrago  
De este huracán que nubecilla asoma;  
Sé que es tu hijo y te dirán que lo hago  
Por amor á los míos: pero toma.  
Tal diciendo Zoraya, de entre el raso  
De los blandos cojines tunecinos,  
Prevenidos sin duda para el caso  
De antemano, sacó dos pergaminos:  
Y con aquella singular sonrisa  
En cuya móvil espresion graciosa  
Algo tal vez siniestro se divisa,  
A Muley presentóselos la hermosa:  
Y al tomarlos Muley: "Mira, le dijo,  
A través de ésta tinta venenosa,  
El alma de la madre y la del hijo."

Desplególos Muley, aprosimándose  
Al vaso de alabastro transparente  
Donde la luz ardia, demudándose  
Su semblante al leer: con ojo ardiente  
La mora le espió, de su creciente  
Cólera apercibiéndose, y su flecha,  
Viendo herir en el blanco, dulcemente  
En el mullido lecho reclinándose,  
Tornó á la antigua calma, indiferente.

Mas torvo, mas feroz á cada instante  
Segun adelantaba en su lectura,  
Se tornaba del árabe el semblante.  
Fulguraban sus ojos: insegura  
Plegaba una sonrisa repugnante  
Su desdeñoso labio, y la amargura  
De la hiel que el escrito rebosaba  
En su lívida faz amarillaba.

"Traidores! dijo al fin, el pergamino  
Con los crispados dedos estrujando.  
¡Traidores! En buen hora, en su destino  
Con ceguedad estúpida fiando,  
Abrirse intenten al poder camino  
Y astutos formen revoltoso bando:  
¡Pero poner por escalon del trono  
Al cristiano!... Jamas se lo perdono.  
Jamas: jamas." Y con ahogado acento  
Repitiendo "jamás," como una fiera  
Enjaulada, cruzaba el aposento  
De uno á otro lado, cual si presa fuera  
De vértigo infernal. Sagaz, atento  
Y abierto apenas de la mora el ojo,  
Por mas que indiferente pareciera,  
Seguia con afán su movimiento,  
La progresion pesando de su enojo.

De repente Muley frente á la mora  
Paróse, y cual si en ella se aprestara  
La cólera á estrellar que en sí atesora  
El escaldado corazon, la dijo  
Con destemplada voz y cara á cara:  
"¿Y por qué medios, tan sagaz, penetras  
Los secretos de Aija y de su hijo?  
¿Quién te trajo las llaves  
Del misterio encerrado en estas letras?  
Si esto es una verdad, ¿cómo la sabes?"

—"Señor, dijo Zoraya levantando  
La cabeza con calma,  
Desecha tu temor, temple tu ira:  
Quien vendió á Abú Abdil vendió su alma  
Al padre del pecado y la mentira.  
Este secreto de tu raza infando  
Yace en la tumba ya: libre respira,  
Muley: la esclava te veló tu sueño  
Y el mensajero vil de esa escritura,  
Al descolgarse audaz de tu alcazaba  
Por la torre del agua, sepultura  
A demandar no mas bajó á tu esclava.  
—A tí, Zoraya!—A mí; porque yo vivo  
Tan solo para tí.—Mas... no comprendo...  
—¿De qué me sirve, pues, tanto cautivo  
Como me das, Muley? De los traidores  
Argos les hice yo: de ellos aprendo:  
Y como ellos tambien, compro traidores;  
Me acechan sin cesar, y les acecho:  
Tus secretos espian y yo el suyo  
Bajo á buscar al fondo de su pecho.  
No tienen mis esclavos otro oficio,  
Ni Abú Abdil ni Aija un pensamiento  
Oculto para mí: mi sér, mi vida,  
Consagrados están á tu servicio.

En esos pergaminos te presento  
La desnuda verdad: está cumplida  
Mi obligacion. Desde hoy nuestra ecsistencia,  
Señor, está en tu mano.  
Lee, y lee sin pasion: juzga y sentencia:  
Castiga justo, ó liberal perdona:  
Tú eres el soberano:  
Mas escoge entre el hijo y la corona.  
En cuanto á mí; señor, yo soy tu esclava;  
Que en la balanza igual de tu justicia  
No sea yo jamás peso, ni traba.  
El noble amor, que abrigo  
En mi pecho por tí, no es de cristiano  
Cobarde corazon; yo, pues, contigo  
Triunfaré ó moriré como sultana  
Que tu lecho y tu amor no partió en vano,  
Amir: porque mi sangre es castellana,  
Pero mi corazon es africano."

Calló Zoraya y se tornó en el lecho  
A reclinar tranquila:  
Y el rey quedó como de mármol hecho  
Contemplándola inmóvil y derecho,  
Dilatada de asombro la pupila.

Jamás la vió ni la creyó dotada  
De corazon tan varonil y entero,  
Ni sospechó que su alma apasionada  
Ateorara amor tan verdadero.  
Indolente, pasiva, abandonada,  
Henchida la juzgó de amor sincero  
Siempre: mas siempre tímida, indecisa,  
Y á toda intriga al parecer agena,  
Con el cariño de su rey pagada  
De su dorada esclavitud, precisa  
Por los preceptos de la fé Agarena.

Hombre Muley de cabellera cana,  
Pero de joven corazon y aliento  
Heroico y viril, halló contento  
Un alma varonil en la Sultana.  
Absorto de ello en el primer momento  
En creer vaciló lo que veia:  
Bajó á su corazon su pensamiento  
Y ahogó su voluntad con la alegría:  
Y cuanto mas dudaba  
Tanto mas en la duda se engeira:  
Y cuanto mas crecia  
La inaccion que su sér paralizaba,  
El fuego del amor que le hechizaba  
Mas violento en su pecho se encendia.

Conocíalo bien la artificiosa  
Y astuta renegada, y contemplando  
Llegada la ocasion, que codiciosa  
Preparó en muchos años con constante  
Mañoso afán y con prudencia mucha,  
La máscara arrojó de su semblante  
Y cara á cara se aprestó á la lucha.

Ya era Muley su esclavo: sus antojos  
Leyes eran para él: solo tenia  
Para adorarla corazon, y ojos

Solo para mirar lo que veia  
Por sus ojos Zoraya. Era ya tarde  
Para que su razon iluminara  
Su avasallado corazon: yacia  
Ciego esclavo á los piés de su señora:  
Y el monarca despótico, el guerrero  
Indomable, el leon de las arenas  
Abrasadas de Zahara,  
Esclavo de la esclava á quien adora,  
Era no mas que tímido cordero  
Amarrado de amor con las cadenas.  
Pero ¡así estaba escrito, y aun lo llora  
La gente del desierto que en sus venas  
La sangre guarda de la raza mora!

Por eso fascinado, enloquecido  
Por su pasion, Muley veia solo  
De la Mora el amor apeteido  
Tanto por él, pero jamás el dolo,  
Mas nunca la ambicion de soberana:  
Y por eso rendido  
A tal fascinacion, con ambas manos  
Tomó los piés enanos  
De la Mora gentil, y enardecido  
Por su insana pasion, puso sobre ellos  
Muchas veces sus lábios soberanos.  
"Sí (esclamó): tú lo has dicho, que conmigo  
Vencerás ó caerás como sultana:  
Y has dicho la verdad; tú soberana  
Conmigo reinarás, yo te lo digo."

Volvió la renegada la cabeza  
Hacia el rey otra vez con la sonrisa  
De un ángel (y la aureola de belleza  
De una vision que en sueños se divisa  
Circundaba su faz) y en el sonoro  
Idioma de los árabes le dijo:  
"Amir, tú eres mi dueño y yo te adoro.  
Te dije la verdad: mas es tu hijo."

Agolpóse la sangre á la mejilla  
Del rey á estas palabras, y con rabia  
Concentrada exclamó: "No es hijo mio  
Quien favor contra mí pide á Castilla.  
De la palma jamás la dulce savia  
Fecundó la mortífera cicuta:  
No es hijo mio quien mi fé mancilla,  
Y yo, sin vacilar, contra el impío  
Alzaré de las leyes la cuchilla.  
—Piénsalo, Amir.—Mi ley es absoluta.  
—Muley, en su favor habló el destino.  
—Yo haré mentir la prediccion aciaga,  
Y su estrella fatal, que nos amaga,  
Apararé en mitad de su camino."

Reverberaban de Muley los ojos  
Y chispeaban los ojos de la mora  
Con vívidos destellos:  
Estos de la ambicion devoradora  
Con el triunfante resplandor, y aquellos  
Con el torvo fulgor de los enojos.  
Pasaron todavía unos instantes  
De plática en secreto



Uno de otro en los brazos: el objeto  
De tal conversacion le comprendia  
El corazon no mas de ambos amantes:  
Solo el susurro de su voz se oia.

A poco, de los brazos de la Mora  
Desprendiéndose el árabe, embozóse  
En su blanco alquicel y hácia el calado  
Arco del mirador adelantóse.  
Signióle hasta el umbral la encantadora  
Sultana, con un beso regalado  
Sellando el lábio de Muley, quien presto  
A desaparecer por la escusada  
Galería, la dijo: "Aláh te guarde,  
Lucero de la aurora.

—El te acompañe, Amir, dijo Zoraya:  
Perdona empero al alma enamorada  
Si duelo te causó.—La llama que arde  
Inestinguible, inmensa  
En mi pecho, Zoraya idolatrada,  
Al amor que en el tuyo se atesora  
Digna procurará dar recompensa.  
—Los destinos, Señor . . . —Yo haré que fijos  
En tu favor los astros permanezcan:  
Yo te lo juro, luz del alma mia,  
Tú reinarás y reinarán tus hijos:  
Deja que el tiempo corra y ellos crezcan."

Dijo el rey y tomó la galería:  
Y por verle cruzar el lindo huerto,  
A donde oculta la escalera baja  
Y la esclava le espera al entreabierto  
Postigo, recorrió la celosía  
Del dorado balcón de Lindaraja  
Zoraya, y saludóle muchas veces,  
Mientras en el jardín le distinguía  
Desde los arabescos ajimeces.

Y hé aquí que mientras ella contemplaba  
El jardín, y la espalda al aposento  
Para mirar á su señor tornaba,  
Bajo la celosía que se alzaba  
De una de las ventanas que en el muro  
Lateral de la cámara se abrian,

Sagaz, osado, atento,  
Como á la voz secreta de un conjuro  
Asomó un rostro pálido un momento:  
Un rostro de mujer en que lucian  
Dos ojos como rayos en lo oscuro.  
Clavaron estos ojos en la mora,  
Vuelta hácia el huerto aún, una mirada  
Rencorosa, tenaz, devoradora:  
Y las palabras lúgubres dejando  
Una á una salir con voz ahogada,  
Cual si querer la idea formulando  
En la palabra apenas pronunciada,  
Murmuró la mujer allí asomada:  
"Tú reinarás y reinarán tus hijos,  
Porque hará que los astros permanezcan  
En tu favor resplandeciendo fijos? . . .  
Deja que el tiempo corra y ellos crezcan!"

Dijo: y, volviendo el rostro la sultana  
Hácia el rico aposento,  
Tornó á desaparecer en un momento  
El rostro de mujer de la ventana.

## II.

## EL SALON DE COMARES.

Amanecía apenas: los reflejos  
De la rosada luz del sol naciente  
A dorar comenzaban á lo lejos  
De la ancha sierra la arbolada frente:  
Y empezaba la aurora purpurina  
Ostentosa á estender su velo de oro  
Prendido en el oriente,  
Sobre la estensa vega granadina,  
Ceñidor de verdura,  
Morisco chal que envuelve la cintura  
De la ciudad en donde reina el moro.

Comenzaba á sus cárdenos fulgores  
La tierra fértil á tomar colores,  
Exhalando de sí el aroma suave  
De la humedad nocturna, y comenzaba  
La flor abrirse, á gorgear el ave,  
Y la brisa del alba revoltosa  
A estremecer del bosque, donde erraba,  
La cabellera verde y rumorosa.

Fresca, gentil, risueña,  
A la primera luz de la mañana  
Se despertaba la ciudad sultana,  
De cien ciudades orgullosa dueña:  
La ciudad del amor y de las flores:  
La ardiente y hermosísima africana,  
Que reclina su frente soberana  
Sobre el fresco tapiz de mil colores  
Que á sus piés tiende su florida tierra,  
Y cuyas orlas por do quier remata  
Con caireles de lázuli y de plata,  
Ya el mar que en torno de ella se dilata,  
Ya la nevada fronteriza sierra.

Asomado á un balcon de la alta torre  
Llamada de Comares, cuyo asiento  
El Darro besa que á su planta corre  
Regando huertas mil en curso lento,  
Esperaba el rey árabe la hora  
De recibir al castellano Vera,  
Quien no queria que en la corte mora  
La venidera aurora  
Su embajada sin dar le amaneciera.

La gente granadina  
Con la nueva alarmada  
De aquella ceremonia, aglomerada  
Ante Bib-el-Leujar la matutina  
Luz aguardaba con afán, curiosa  
De conocer el fin de esta embajada,  
Mas misteriosa cuanto no esperada.

Mil interpretaciones  
Daba á su objeto el vulgo: comentaban  
Los viejos y santones  
Las causas y políticas razones,  
Que pudieron mover al rey cristiano  
A enviar á la ciudad del africano.  
La enseña militar de sus legiones:  
Mas fatigaban el discurso en vano:  
Ignoraba hasta el rey las intenciones  
Con que vino á su corte el castellano.

Este á su vez y en tanto, prevenido  
Para cumplir con su mision, oía  
Desde la torre que ocupaba el ruido  
Que de ella al pié la multitud hacia.  
Ya antes del alba con atento oido,  
Ojo sagaz y espíritu mañero,  
La situacion inspeccionado habia  
De la árabe ciudad el caballero.

De pechos en la almena  
De su torre moruna,  
Al resplandor de la creciente luna  
La contempló de fortalezas llena,  
De muros bien cercada,  
Bajo un clima feliz y en cultivada  
Campiña rica, saludable, amena,  
Por tres rios á par fecundizada,  
Y favorita, en fin, sin duda alguna  
Del amor de la próspera fortuna:  
Y el noble castellano, inteligente  
En el arte y estudios de la guerra,  
Vió que estaba en su tierra  
Bien prevenida la africana gente.

Comprendió de don Juan el buen sentido  
En la quietud de su nocturna vela,  
Que habia el moro rey, muy entendido,  
Coronado sus torres y alminares.  
Por uno y otro atento centinela,  
Y diestra y sabiamente repartido  
Sus vigías y puestos militares:  
Concluyendo por fin don Juan de Vera  
De la ciudad entera  
La nocturna revista,  
Diciéndose á sí mismo sin reparo  
Cuánto iba á ser al castellano caro  
Lograr de aquella tierra la conquista.

Hallábase en la torre todavía  
El buen comendador, rectificando  
A la primera luz del nuevo día  
El juicio que hecho por la noche habia,  
Cuando vió que á su torre aprosimando  
Un escuadron de moros se venia,  
La plaza del aljibe atravesando.  
Dejó la almena, convocó su gente  
Y, á la plaza bajando,  
La tendió de los árabes en frente.

Entonces el wazir, que administraba  
La justicia del reino  
Y el gobierno interior de la alcazaba

Del granadino rey, ante la fila  
De los ginetes árabes saliendo,  
Fuese para don Juan, con faz tranquila  
Y sosegada voz así diciendo:  
"La fé de Aláh te alumbre, castellano.  
Has demandado con la luz primera  
Al rey hablar: ven, pues, que ya te espera  
Del consejo en presencia el soberano."  
Encontrando la arenga algo altanera  
Y contemplando al árabe un momento  
"Vamos," dijo no mas don Juan de Vera:  
Y á paso noble, majestuoso y lento,  
De la ancha plaza atravesó el espacio  
Que apartaba no mas su alojamiento  
De las doradas puertas del palacio.

De la soberbia torre de Comares  
En la ostentosa cámara, alfombrada  
Con alkatifas persas, perfumada  
Con pebeteros de oro y con millares  
De estrañas, ricas y olorosas flores  
Que en sus pensiles dan los Alijares,  
Esperaba Muley al castellano  
En medio de su corte y su nobleza,  
Queriendo ante los ojos del cristiano  
Hacer ostentacion de su grandeza.

Con la rosada luz de la mañana  
Resplandecia en toda su hermosura  
La labor africana  
De aquella estancia régia, que figura  
Un pabellon de rica filigrana,  
Trabajo de algun genio por ventura  
Segun la tradicion mahometana.

En torno de Muley, sobre divanes  
De púrpura, los viejos consejeros,  
Los kadís y los nobles capitanes  
Del ejército, estaban los primeros.  
De su rey menos cerca,  
De pié, con respetuosos ademanes,  
Los demas cortesanos caballeros  
Ocupaban el patio de la alberca  
A sombra de sus frescos arrayanes.

El estanque y las fuentes del palacio,  
Ornadas con vistosos surtidores,  
Poblaban el espacio  
De caños de cruzados saltadores  
Que, deshechos en gotas en la altura,  
Doblaban del ambiente la frescura  
Como perlas cayendo entre las flores,  
Que al borde crecen de la alberca pura  
Llena de pececillos de colores.

Del wazir precedido  
Y de diez caballeros castellanos  
Por decoro seguido,  
Armado de los piés hasta las manos,  
Del manto de Santiago revestido,  
Con apostura grave y altanera,  
Por medio de los nobles africanos  
El patio atravesó don Juan de Vera.



Torva mirada de los ojos fieros  
Del círculo de moros caballeros  
Pesó sobre don Juan desde su entrada,  
Manteniéndose en él, tenaz, clavada,  
Hasta los pies del granadino trono;  
Bien revelando el animoso encono,  
Conque su roja cruz se ve en Granada.

Don Juan, empero, en ademán tranquilo,  
Y mesurado aunque orgulloso porte,  
Avanzó hasta el marmóreo peristilo  
Que da entrada al salón do está la corte:  
Llegó hasta el trono de Muley y en tierra,  
Sin humildad, hincando una rodilla,  
Presentóle una caja en que se encierra  
Su régia credencial dada en Sevilla.

Tomóla sin abrirla el africano  
Con altivo desden, y del prolijo  
Ceremonial haciendo al castellano  
Amplia merced, lacónico le dijo:  
"Ya te escucha Muley: habla, cristiano."  
Púsose en pie don Juan, y con pausada  
Voz, que pudo entender el mas lejano,  
De esta manera espuso su embajada:

"Yo, don Juan de la Vera, caballero  
Comendador del órden de Santiago,  
En nombre de mi rey vengo: primero,  
A reclamar al atrasado pago  
De tu tributo anual íntegro, entero,  
Y despues, de Castilla con Granada  
La tregua á prolongar, que es acabada."

Dijo don Juan, y enrojeció el semblante  
Del árabe la cólera: en la estancia  
Rumor universal cundió al instante  
De indignacion terrible, la arrogancia  
De tal mensaje oyendo: más de un guante  
Se alzó en contestacion de su jactancia:  
Más de un moro dió un paso hácia adelante,  
Puesta la mano en el alfanje: empero  
Sus iras atajó Muley severo.

\*Cristiano (dijo el rey con voz airada),  
Ve á decir á los reyes castellanos  
Que han muerto ya los reyes de Granada  
Que pagaban tributo á los cristianos:  
Que la moneda entonces acuñada  
No conocemos ya, ni nuestras manos  
Labran ya mas metales que el acero  
De que forja su arnés el caballero.

\*Oiste: parte, pues. Yo te perdono  
La vida y la embajada. A la frontera  
Del reino salvo llegarás: mi encono  
No infringirá mi fé: mas la postrera  
Colina al trasponer donde mi trono  
Se respeta y tremola mi bandera,  
De mí hablar oirás, yo te lo juro,  
Castellano. Ve en paz, que vas seguro."

"Moros, dijo don Juan con altanero  
Mas tranquilo ademan, si mi mensaje  
Os ofendió, ved bien que el mensajero  
Ni un punto le ha añadido: mi lenguaje  
Fué esactamente el de mi rey: y espero  
Que ninguno por él me hará el ultraje  
De esquivar con desden, si es que me halla,  
El bote de mi lanza en la batalla."

Dijo Don Juan. Los nobles africanos,  
De los valientes siempre apreciadores,  
Abrieron en silencio á los cristianos  
Paso, ahogando en el pecho los rencores  
De raza y religion. Los castellanos  
Volvieron á montar sus piafadores  
Corceles: y dejando á rienda suelta,  
La ciudad, dieron á Castilla vuelta.

Cuando el sol de aquel dia en occidente  
Irradiaba sus últimos reflejos,  
Ya trasponia la cristiana gente  
Los cerros fronterizos. A lo lejos  
Les vió desde sus torres impaciente  
El árabe monarca, cuyos viejos  
Mas perspicaces ojos todavía  
Penetran la confusa lejanía.

El brillo de las lanzas castellanas  
Apenas se sumió en el horizonte,  
Y apenas, embozada en sus livianas  
Sombras, la noche á descender del monte  
Comenzó, cuando Hasan sus africanas  
Armas pidió diciendo: "Que se apronte  
"Una hueste elegida y numerosa  
"A partir en la noche silenciosa.

"Yo la conduciré." Llamó en seguida  
A su wazir Abú-l'Kazin, que era  
Governador de la ciudad, y "cuida  
"(Le dijo) bien de que se cumpla entera  
"Mi voluntad. Despues de mi partida  
"Pon á Aija en una torre prisionera  
"Con su hijo, y á habitar manda que vaya  
"En el jeneralife la Zoraya.

"Ten á esta como mi única sultana,  
"A Aija y Abú Abdil como traidores.  
"Yo á tocar á una villa castellana  
"Una alborada voy con mis tambores,  
"Y tardaré lo mas una semana  
"En volver á la Alhambra. ¡Ea, señores,  
"A caballo y silencio! los soldados  
"En Bib-arrambla esperan convocados."

Dijo Muley, su intimacion postrera  
Dirigiendo á sus guardias: y, montando  
En su caballo de batalla que era  
Un árabe veloz, partió tomando  
La cuesta de Gomeles, con guerrera  
Planta en la plaza real desembocando:  
Y, al frente de su hueste, de Granada  
Salió á empresa de todos ignorada.

## LIBRO TERCERO.

### ZAHARA.

#### I

#### GONZALO ARIAS DE SAAVEDRA.

Está Zahara en una altura  
Entre montaña y colina,  
Sentada en la peña dura  
Que asoma la cresta oscura  
Por entre Ronda y Medina.

Cuando encienden los cristianos  
De noche hogueras en ella,  
No distinguen los paisanos  
Si son sus fuegos lejanos  
Luz de atalaya ó de estrella;

Y cuando el alba naciente  
Dora la almenada villa,  
Se confunde fácilmente  
Con la armadura que brilla  
El rielar de la fuente.

Sus atalayas pusieron  
Los Moros en ella un dia,  
De fosos la circuyeron,  
Y apriesa la abastecieron  
Porque el invierno venia.

Tuviéronla muchos años  
De los cristianos guardada,  
Con mil ardidés estraños  
Causándoles muchos daños  
En guerra tan prolongada.

A la sombra guarecidos  
De sus breñas y pinares,  
Bajaban como bandidos  
Y robaban atrevidos  
Alquerías y lugares.

Toleraban los cristianos  
En silencio sus desmanes:  
Pero pensando á las manos  
Coger á los africanos  
De aquel peñon gavianes.

Estaban los insolentes,  
Aunque pocos, confiados,  
Conociéndose valientes:  
Los cristianos, mas prudentes,  
Les cogieron descuidados.

Todos los de aquella tierra,  
Procurándose en secreto  
Mil utensilios de guerra,  
Atravesaron la sierra  
De asaltarla con objeto.

Y una noche la asaltaron,  
Y guardarla no supieron  
Los moros que la fundaron;  
Cinco veces la cobraron  
Y otras cinco la perdieron.

Entonces los vencedores  
Doblaron su alta muralla,  
Y abrieron fosos mayores  
Para guardar previsoros  
La prenda de la batalla.

Estrecha y sola una senda  
Dejaron en todo el cerro,  
Porque mejor se defiende,  
Si se empeña otra contienda,  
Su sola puerta de hierro.

Por eso en sus torreones  
Y en sus anchos murallones  
Guardó la morisca villa,  
Sobrepuestos, los blasones  
De los reyes de Castilla.

Tal es Zahara: y en la altura  
Del cerro en que está fundada,  
Y por la fragosa hondura  
De sus barrancos guardada,  
Siempre estuviera segura.

De los moros, como el nido  
De un águila suspendido  
En inaccesible peña,  
Si menos la hubiera sido  
Su fortuna Zahareña.